

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España.—Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestión cada ocho días.



PAVOROSO PORVENIR.

Continuamos recibiendo preguntas por el correo.

¿Tendremos que repetir otra vez que no somos órgano de ningún partido?

Defendemos al gran partido nacional, al partido de la gente que vive de su trabajo, alejada de los centros oficiales y harta de los perjuicios que han producido al comercio, á las artes y á la industria las convulsiones políticas que agitan al país hace cuarenta años.

Deseamos, haciendo eco de veinticinco mil lectores, la paz, el orden, la estabilidad, la vida de familia, venga con quien venga, sea blanco ó negro. La mayoría del país no cree ni en los conservadores, ni en los radicales, ni en los moderados, ni en

los progresistas. Si alguna esperanza tiene el país de ver prosperar al país mismo, la funda en lo desconocido. Por eso hay en España tanto carlista y tanto republicano, únicos partidos que no han gobernado aun, esperando que en esos partidos haya «hombres nuevos» que lo puedan hacer mejor que los que ya hemos visto hasta donde llegan.

Por eso en las últimas elecciones hemos aconsejado al numeroso público que nos lee, que ó no votaran, ó votaran por los partidos extremos.

Pero ni aun así podríamos jurar que el día en que estos partidos mandaran nos tendrían á su lado, porque una larga experiencia nos viene demostrando que la política en España es una profesión como otra cualquiera, y que todos los españoles se dedican á ella con el decidido propósito de llegar á ministros.

Y nosotros, que no somos políticos ni queremos serlo, y que representamos á infinidad de españoles que están en idénticas condiciones, seguiríamos poniendo de manifiesto, si fuera preciso, todo lo malo que viéramos, y que serviría para convencer más y más á los que ya están convencidos, de que no hay más lema político ni más bandera política que la nuestra: INDEPENDENCIA, TRABAJO, FAMILIA..... y buen humor para llevar con paciencia la vida, que es más gravosa que el rey forastero.

LAR

Biblioteca de Comunicación

Universidad de Valencia

LA POLITICA Y LA FAMILIA

Si fuerais preguntando casa por casa, á todas las mujeres de España, qué ventajas les ha traído la política, ¿qué os responderían?

Esta pregunta hacia días pasados una respetable señora á un hombre político importante, que antes de llegar á ministro ha pasado por todas las vicisitudes inevitables para el hombre de partido.

La discussión fué acalorada.

El político sostenía que la mujer debe tener opiniones políticas, pensar como su marido, sobrellevar con calma los contratiempos que la opinión de su marido le produjera; habló de las mujeres de los Estados Unidos, de los derechos que la mujer tiene á tomar participación directa en la gestión de los negocios públicos...

Nosotros oímos esta conversación, que nos hizo pensar largo rato.

Recordábamos escenas de familia, sucesos en que hemos tomado parte, inquietudes de nuestras madres, de nuestras hermanas...

Recordábamos, por ejemplo, una noche en que al volver á nuestra casa nos forzaron la puerta los agentes del Gobierno moderado, nos registraron papel por papel, libro por libro, cajón por cajón, y por último, nos arrancaron del seno de nuestra familia que quedó sumida en llanto y desconsuelo...

A aquella noche, que la pasamos en la cárcel como los criminales, no pensábamos en odiar al Gobierno que nos había preso, no pensábamos en vengarnos, cuando pudiéramos, de aquel atropello injusto (supuesto que nos prendían sin motivo), no sentíamos tampoco la satisfacción del martirio por estar convencidos de que las ideas que entonces profesábamos eran las mejores. (Y lo creímos, sin duda alguna.) No pensábamos más que en una madre que lloraba. ¡Pobre mujer, á quien lo mismo le daba la tiranía que la libertad, y que no ambicionaba más que la paz doméstica y la felicidad del hijo adorado!

Corta fué la prisión. Volvimos al seno de la familia y pasamos una larga temporada ensonantes de Madrid, y en un puerto de Andalucía.

De aquel puerto salían con frecuencia barcos cargados de patriotas. Conspiradores descubiertos unos, periodistas otros, demasiado franceses algunos, políticos activos, todos habían sido presos como sospechosos ó como enemigos del orden, y los llevaban á centenares á Fernando Póo y á Filipinas donde tal vez iban á morir lejos de su familia sin volver á ver jamás á sus mujeres ni á sus hijos!

Qué horribles escenas presenciamos en aquel puerto! Multitud de mujeres, madres, esposas, hijas de los desterrados, lloraban y se mesaban los cabellos viéndoles marchar; y á lo menos aquellas podían despedirles con las miradas y agitar los pañuelos para darles un adiós que acaso era el último. Otras quedaban en diferentes provincias de la Península sin haber alcanzado este pobre consuelo. Aquejados hombres eran en su mayor parte comerciantes, literatos, artesanos, industriales que abandonaban hasta Dios sabe cuándo su trabajo y sus intereses, dejando sumidas en la miseria á las pobres mujeres que sin culpa ninguna tendrían que sufrir las consecuencias de la política devoradora.

Cambió el Gobierno, cambió el sistema y cambió la faz de las cosas. Algunos de los desterrados volvieron á la patria, otros quedaron por allá, otros habían sido fusilados en interiores revueltas. Encumbráronse como de costumbre una docena de políticos de profesión que habían pasado con toda comodidad su emigración forzosa ó voluntaria. Los patriotas fueron colocados tarde y mal, y convertidos ya en hombres políticos no volvieron á ocuparse de sus faenas habituales. Los ángeles de su hogar, las mujeres de su casa, ¿qué ventajas obtuvieron de todo esto? Servicio semanal, guardias y retenes, asistencia al club, al Congreso, mal humor constante, duelos y quebrantos, la política antes que la familia, la ambición por cima del trabajo.

Ya entonces habían sido víctimas de la revolución los hombres de la situación anterior; ya estaban ocultos ó sin pan que llevar á la boca; ya pensaban en la conspiración y en la venganza; eran también hombres

políticos y necesitaban vivir de la política, que según frase proverbial no tiene entrañas... y sus mujeres, sus madres, sus hermanas, siguieron su suerte, no hubo para ellas momento de reposo.

A poco, una formidable insurrección ensangrienta la patria, mueren los hombres como fieras; ¡cuántas viudas, cuántas huérfanas, cuántos mendigos!

Y ellas son las que curan la herida del marido que abandonó el taller ó el bufete para salir á batirse por una idea que han de explotar los que nunca se batén; y ellas son las que han de pasar el día y la noche callando la ira del perseguido, llorando la ausencia del expatriado, educando á duras penas á los hijos del fusilado por republicano ó por carlista. Ellas son las que veis por la calle vestidas de luto, pálido el semblante, demacrado el rostro...

Y ellas se casaron con un hombre que les dijo, yo soy trabajador, ganó el pan con el sudor de mi frente, y te voy á consagrar mi trabajo y mi vida; porque los hombres se olvidan siempre de decir, yo soy carlista, republicano, moderado ó radical, y estoy en el deber de abandonarte un día, cerrar mi casa, suspender mi trabajo, y buscar la muerte y dejarte sola y desamparada.

Felices aquellas que viven al lado del hombre independiente, esclavo de sus deberes de hijo, esposo y padre, y que al oír la palabra política fruncen el ceño como temerosos de tener que vivir de ella. Dichoas nuestras hijas si se unen á hombres que amen á su patria ciegamente; pero que amen más que á los partidos, más que á las ideas, más que á su ambición personal y más que á todo lo que al hombre halaga, lo que debe halagarle más y ser el principio y el fin de sus cuidados, de sus aspiraciones, de su existencia entera: la familia.

CHAPÓ.

—¡Hola! Querido Martos, ¿cómo le ha ido á V.?

—Muy bien, y á V. Sr. D. Manuel?

—Tirando.

—¿Qué tiene V. á Echegaray?

—Bien venido, Sr. Echegaray; ¿cómo ha ido?

—No ha ido mal, y ustedes?

—Nosotros... pero calle V., ¿no es aquél que viene el amigo Ruiz Gomez?

—El mismo.

—¡Hola! Sr. Ruiz Gomez. Vaya, vaya, pues ya estamos todos, ¿les parece á Vds. que juguemos una partida de billar?

—¡Un chapó!

—Vaya, pues cuando Vds. gusten.

—Salga V., D. Manuel.

—¿Cuántas rayas nos van Vds. á dar, amigo don Manuel?

—Rayas no doy. Les daré á Vds. dos palos.

—Hombre, no, qué disparate; han de ser rayas, tantas.

D. Servando.—Yo no doy nada.

D. Manuel (al mozo).—Eche V. un taco.

Echegaray.—Salga V., D. Manuel.

D. Manuel.—Hombre, yo creo que el que debía salir es V.

Echegaray (á Martos).—¡Salimos!

D. Manuel.—¡Ea! comienzo.

Martos.—Buena carambola. ¡Tiene V. más suerte!... Allá voy yo.

D. Servando.—Usté siempre buscando recodos; ¡Juego!

D. Manuel.—¡Qué jugadas hace este hombre!

Echegaray.—¡Me toca á mí!

D. Manuel.—Sí, pero cuidado que se equivoca usted.

Echegaray.—¿Cómo?

D. Manuel.—Sobre la otra, hombre, sobre la otra.

Martos.—D. Manuel, se me figura que no da usted bola!

Echegaray.—Es que juega por tabla. ¡Ea! ¡Ya me he quedado!

D. Manuel.—Hombre, V. no se puede quedar.

Martos.—¡Apriete V., compañero!

Echegaray.—Tenemos la partida ganada.

D. Manuel.—¡Ganada, eh? ¡Y este retroceso?

D. Servando.—¡Esta mesa se cae!

D. Manuel.—Si continúan Vds. metiendo ruido no juego.

Martos.—Si es que V. se incomoda porque le conviene.

D. Manuel.—¿Cómo se entiende?

Martos.—¡Es claro! En cuanto da V. una pifia, se marcha.

Echegaray.—Déjelo V., ya volverá.

D. Servando.—Tenemos treinta.

Martos.—¡Mentira! No tiene V. nada.

D. Manuel.—¡Qué se entere el mozo!

Martos.—Vámonos.

D. Manuel.—Pague V., D. Servando.

D. Servando (al mozo).—Vaya V. á cobrar á la Caja de Depósitos!

MAXIMAS RADICALES

Yo soy muy liberal, muy consecuente!
la paga de auxiliar no es suficiente.

El hombre que no cobra,
en cualquier situación está de sobra.

Los libres lo entendemos,
ó comemos de balde ó no comemos.

Dentro de cuatro meses
todos seremos condes ó marqueses.

Sacrificeate en aras de un partido
y aunque seas mal padre ó mal marido.

Aunque no estés á gusto en el palacio
entra de prisa en él, y sal despacio.

Es una tontería
no cobrar treinta mil de cesantía.

Si vuelves á emigrar joh ciudadano!
llévate un panecillo en cada mano.

El hombre que no vota
debo tener la autonomía rota.

¡Abajo las caretas!
¡Me quiere V. prestar cuatro pesetas?

RESULTADO DE LAS ELECCIONES

Diputado de caudal.

Guadiana.

Diputado hueco.

Cuevas.

Diputados practicables.

Calzada.

Portilla.

Diputados verdes.

Ramos.

Romero.

Diputado de posición.

Coronel.

Diputado par.

Roldan.

Diputados regables.

Campo.

Rivera.

Diputados que arañan.

Zorrilla.

Cuervo.

Diputados murmuradores.

Arroyo.

La Fuente.

Diputado poético.

Biblioteca Madrigal, licació

i Hemeroteca General

Diputado mitológico.

Jove.

Diputado duro.

Pedregal.

Diputado temible.

Yago.

Diputados ligeros.

Cabello.

Aura.

Diputado mundo.

Calvo.

Diputados sencillos.

Llano.

Franco.

Diputados gloriosos.

Santa María.

San Miguel.

Pascual.

Gil.

Agustín.

Diputados de cal y canto.

Palacios.

Torres.

Diputado monárquico.

Corena.

Diputados que se clarean.

Mantilla.

Alba.

Diputado de espuma.

Vela.

Diputado siniestro.

Izquierdo.

Diputados que cortan.

Sastre.

La Hoz.

Diputados de orden.

Comendador.

Calatrava.

Guardia.

Diputado-martillo.

Clavé.

Diputado incorruptible.

Moral.

Diputados rústicos.

Soto.

Vega.

Olivares.

Diputados rústicos y urbanos.

Casas.

Callejon.

Diputado ojeador.

Montero.

Diputado insaciable.

¡Más!

Diputado sacrificio.

Misa.

Diputado pasmoso.

Sicilia.

Diputado blando.

Manteca.

Diputado prohibido.

¡Uña!

NEGOCIO, CABALLEROS!

Al publicarse el número 8.^o de *EL GARBARZO* la tirada para Madrid y provincias asciende ya á VEINTE Y CINCO MIL ejemplares.

Rogamos al público que no vea en esto un alarde de vanidad; se lo decimos para que observe con nosotros cuán grande es el número de personas que está reñido con todo lo existente, y sobre todo el número de españoles que están conformes con nuestras ideas, que son las de toda persona independiente, ajena á la política y dedicada exclusivamente á su familia y á su trabajo.

Calculando que cada número de *EL GARBARZO* lo lean nada más que cuatro personas, resulta que un artículo, suelto, anuncio, etcétera, publicado en nuestro periódico, tiene la friolera de

CIENTO MIL LECTORES.

Ahora bien; ¿quién quiere anunciar en las cuatro últimas hojas y en las cubiertas del

ALMANAQUE DE «EL GARBARZO»

que está en prensa y vamos á dar á los suscritores?

Los comerciantes, industriales, etcétera, que quieren publicar anuncios los remitirán á esta administración antes del 15 de Setiembre, bajo las condiciones siguientes:

Por una plana entera	200 rs.
Por media plana.	100 »
Por un cuarto de plana.	50 »
Por un octavo.	25 »
Anuncios pequeños, de cuatro ó seis líneas, costarán por término medio.	12 »

Todos los anuncios que se publiquen en el Almanaque se reproducirán después en tipo pequeño y sucesivamente en el periódico, GRATIS. Cada persona que anuncie, tiene, pues, la seguridad de que su anuncio tiene OCHENTA O CIEN MIL LECTORES.

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL

CAPÍTULO II.*La señora de Melonar.*

(Continuación.)

Resultado de todo lo dicho anteriormente; D. Frutos no durmió aquella noche pensando en Concepcion, y á la siguiente, él, que se avergonzaba al pensar lo ridículo que había estado la noche anterior en aquella casa, no pudo menos de volver á ella, solo con la esperanza de ver nuevamente á aquella mujer.

Y la vió en efecto, y habló con ella, y se comprendieron... y se amaron en fin, y Concepcion llegó á soñar con las narices de D. Frutos, lo cual para otra hubiera sido una pesadilla y para ella fué el sueño más delicioso de toda su vida.

Si nuestros lectores encuentran inverosímil que Concepcion se enamorase precisamente de lo más feo que tenía don Frutos, lo sentiremos muchísimo; pero fieles narradores, no podemos menos de consignar este detalle que, aunque parece excepcional, no es sino lo que generalmente sucede: la mujer suele apasionarse de todo lo extraordinario.

¿Qué cosa más extraordinaria que las narices de don Frutos?

CAPÍTULO III.*Un Tenorio moderno.*

Así como D. Frutos fué desgraciado toda su vida por su nariz y por su apellido, así también otro personaje de esta historia verdica ha sido feliz por su apellido, si bien sus narices no han influido en su suerte.

Este personaje, que presentamos á nuestros lectores vestido exactamente como el último figurín que haya llegado de los centros de la moda, se apellida Tenorio.

Figúrense Vds. un joven de veintidós años, pálido, flaco y ojeroso que cuando se usaban cuellos descotados llevaba el lazo de la corbata sobre la boca del estómago, y cuando se usaron tirillas altas ensuciaba las suyas con el ala del sombrero; un pollo, en fin, en toda la extensión de la palabra.

Este joven, que cifraba toda su ventura en apellidarse Tenorio, tenía una condición igual á la de D. Frutos, y era conceptuarse desgraciado con su nombre, y eso que á propósito ninguno otro le gana de los del almanaque. Se llamaba Gustavo.

¡Pero ay! él hubiera dado media existencia suya por haberse llamado Juan. Con este nombre y su apellido se hubiera conceputado el hombre más feliz de la tierra.

Gustavo Tenorio llevaba en Madrid, entre sus amigos, la fama de conquistador afortunado, de hombre audaz hasta la exageración y de valiente hasta el heroísmo.

Esta última cualidad no estaba suficientemente probada en público, pero él contaba lances que nadie había visto y que, conocida su audacia, se tomaban por verdaderos en todos los círculos en que él los refería.

Un día Tenorio fijó su mirada atrevida en una mujer que, acompañada de su esposo, pasó junto á él casualmente.

Aquella mujer era Concepcion. Hacia un año que se había casado.

Gustavo Tenorio siguió los pasos de la cónyuge, después de hacer una señal de inteligencia á sus amigos, con lo cual quiso decir sobre poco más ó menos lo siguiente:

—Esa mujer me ha gustado; voy á dar un disgusto á su marido.

Y por entonces era muy fácil disgustar al infeliz don Frutos.

Habíase casado este con el convencimiento más profundo del amor que Concepcion le profesaba, y ese convencimiento duró en él algunos meses, al cabo de los cuales la infernal nariz, causa de todas sus desventuras, vino á turbar aquella dicha que había nacido con el amor primero y que un espejo había de convertir en nada.

D. Frutos Melonar, aquel hombre que estaba convencido hasta la evidencia del cariño que su esposa le profesaba, se

levantó un dia de mal humor, no porque hubiese razon alguna para tenerlo malo, sino por esos efectos cuyas causas se desconocen y que todos sentimos de vez en cuando.

Aquel dia le dió la maldita ocurrencia de colocarse ante un espejo y empezar á contemplar su rostro, descompuesto y avinagrado por el disgusto que en él se retrataba.

La nariz, como punto culminante, llamó más su atención, y sus miradas se fijaron tenaces en aquel promontorio que había de ser siempre su desventura.

Contemplando sus narices pasó largo rato, y claro es que la contemplación de semejante parte de su rostro no podía inspirarle ideas gratas.

¿Saben Vds. cuál fué la idea que le inspiró aquella contemplación, origen de su desventura? Pues fué la idea siguiente:

—No es posible que una mujer ame de veras á un hombre que tenga estas narices.

Es decir, que D. Frutos, poco antes convencido del amor de su esposa, abrigó ya la duda, y de la duda brotaron los celos, y de los celos la evidencia de que su esposa no le amaba, y de esta evidencia su desgracia más grande, el fin de su dicha, el principio del mayor tormento que habría podido sufrir, la convicción de que su mujer le fingía cariño.

Desde aquel instante D. Frutos tuvo celos de su sombra; en la acción más inocente de su esposa veía una infidelidad, y cuanto más ella, asombrada de aquella variación subita, se esforzaba en hacerle comprender su cariño, más dudaba él y mayor incremento tomaban aquellos celos repentinos, pero sucedió.

Tal era la situación tristísima de aquel matrimonio, cuando el joven Tenorio fijó su mirada en la encantadora Concepcion.

Siguió, como ya dijimos, á los dos esposos, y afortunadamente para él no fué visto de D. Frutos, que tenía celos de todos los transeúntes, pero que en Tenorio no había reparado, lo cual sucede siempre.

Los celos suelen no ver nunca lo único que podría justificar sus celos.

Gustavo, en fin, logró averiguar la casa en que D. Frutos habitaba, y desde aquel momento se dedicó á rondar la calle, á tramar conocimiento con la criada de Concepcion, ó poner en práctica todos los medios que su experiencia en asuntos de aquella especie le sugería.

Excusado es decir que D. Frutos no veía nada de esto.

Concepcion sí; Gustavo era su pesadilla, su sombra y temía que D. Frutos le vierá, y pasaba las angustias mayores considerando el lance á que podía dar lugar aquel galanteo ilícito que el joven Tenorio practicaba tan á las claras.

Aquella mujer indicó á D. Frutos deseos de abandonar á Madrid por algún tiempo, y esta proposición hizo sospechar al celoso todo menos lo que realmente existía, y se negó á acceder á aquel deseo, y continuó la pobre esposa siendo víctima de las asechanzas de Gustavo, que no perdonaba medio de hacerla comprender que la quería.

Así pasaron dos meses, tiempo excesivo que en ninguna conquista había invertido el moderno Tenorio, el cual, ya con el amor propio picado, seguía en sus propósitos más firmes que al principio.

CAPÍTULO IV.*Situación dramática.*

D. Frutos tenía costumbre, después de comer, de asistir á un café retirado, donde solía pasar hasta las diez ó diez y media de la noche, hora en que con seguridad se retiraba a casa.

Gustavo sabía esto, pues muchas noches lo había visto, y una por fin, armándose de toda su osadía, subió al cuarto donde habitaba el matrimonio, y la criada, con cuyo apoyo contaba él seguramente, le abrió la puerta, conduciéndole hasta la habitación donde Concepcion se hallaba.

Era un gabinete amueblado modesta, pero elegante mente.

Concepcion bordaba unas zapatillas para su marido cuando Gustavo penetró en el gabinete.

—¡Caballero! — exclamó indignada al reconocer á su imperitante galanteador.

—¡Señora!

—¿Quién ha introducido á V. hasta aquí? — Con qué derecho....

—Señora, por favor, escúcheme V. un momento siquiera.

—Salga V. inmediatamente.

—¡No puedo!

—¡Llamaré...!

—Daría V. un escándalo inútil.

—¡Pero caballero...!

—Ruego á V. de nuevo que me escuche.

—Mi marido....

—No volverá lo menos en dos horas; conozco sus costumbres.

(Se continuará.)

A la persona que con el pseudónimo de *Un soltero* nos ha escrito diciendo lo que los versos de la fuga de consonantes cuya traducción era

Creced y floreced, plantas hermosas,
creced y floreced, y alzando al cielo
esas ramas sonantes y frondosas,
bañad en dulce lobreguez el suelo,

le han parecido muy malos y nos pide que busquemos en adelante versos de autores reputados, la contestamos diciéndole que dichos versos, que hasta ahora le han parecido bien

á toda la generación presente, son nada menos que del inmortal Quintana.

¡Crees V. que eran nuestros? Pues no ha podido V. hacernos más favor.

Mientras en el Teatro Real y en el Circo las empresas aumentan los precios de las localidades, el Español y la Zarzuela presentan, sin subida de precios, dos notables compañías y ofrecen obras de los primeros autores.

El abono á primer turno en ambos teatros está completo.

Por la primera vez vamos á ver este año reunidas en un teatro cuatro primeras actrices. Teodora Lamadrid, Elisa Boldun, Cándida Dardalla y Pepita Hijosa.

Calvo ha sido reemplazado con Vico. Hay un actor nuevo en Madrid, el Sr. Buron, que trae gran reputación, adquirida en todos los teatros de España. Los demás son bien conocidos del año pasado.

Las empresas de teatros hacen mal en aumentar los precios. No comprenden sus intereses. Los resultados de esos aumentos han de ser fatales. Ponemos al tiempo por testigo. Nos hacemos eco del público, que no comprende por qué razón oír las óperas y las comedias y los actores han de valer este año más que el año pasado. Por otra parte, los autores, que son el alma del negocio, porque sin obras no hay teatro posible, no habrán pedido aumento de derechos á los empresarios este año. ¿Qué es, pues, lo que se paga de más? La vanidad de cantantes y actores? Parece imposible que personas tan inteligentes como los Sres. Robles y Catalina vayan contra sus intereses.

Sr. Villavicencio, V. será un hombre político muy bueno y muy consecuente, yo no lo dudo; su partido de V. le estimará mucho; será V. tal vez (yo no le conozco ni de vista) excelente orador, liberal intachable, etc.; pero lo que es como administrador de los intereses públicos, no me dá V. evidencia.

Un paquete de doscientos cincuenta números de EL GARBANZO, dirigido á D. Rafael Arriete, de Cádiz, la semana pasada, se ha perdido en el camino.

Cosas por el estilo me suceden todos los días.

Lo dicho: debe V. ser un excelente hombre político.

El jefe de unas tribus maleantes se almorzó á su señora con guisantes, y uno de sus guerreros se almorzó cuatro padres misioneros.

¡Ay, cuando el hambre aprieta; ni mi familia ni estoy se respetan!

Vamos, Sr. Pi, ¿me va V. á hacer el favor de no hacernos la guerra, verdad?

Hombre... eso dependerá de muchas cosas.

—¿Qué demonio! Ya sabe V. que yo en el fondo soy tan republicano como V.!

—¿De veras?

—Sí señor, solamente que no ejerzo.

—Pues entonces creo que llegaremos á entendernos. Yo fumo y V. escupe.

—¿Cómo?

—Yo seré republicano y V. se irá á Tablada.

—Vaya, adios, tengo prisa!

—Me dás V. fuego?

—Ya lo creo! Y á su casa de V. también, si puedo.

—Hombre, por Dios, no tanto!

En medio de la multitud de folletos políticos y de obras llenas de pretensiones que inundan nuestra mesa, hallamos un libro publicado por un industrial y que se titula *Manual del sombrerero*, por D. Ramón Galván.

Es tan raro esto en España, y estamos tan poco acostumbrados ver publicaciones de este género aquí donde la política lo absorbe todo, que recomendamos eficazmente la publicación á todos los artesanos del oficio; pues además de series útil, está discretamente escrita e ilustrada con láminas.

Possible es, Sr. Galván, que algunos prefieran leer folletos demoledores ó periódicos furibundos, pero no importa; alguno habrá dedicado exclusivamente á su trabajo, y esta propaganda es útil, laudable, y revela excelentes deseos en el autor, á quien damos la más cordial enhorabuena.

No hay quien toque á misa.

¡Esclaro! ¡Cómo que es inviolable!

Los ingleses se declaran en huelga.

Al fin respiro.

Los barberos de San Sebastián se han declarado también en huelga.

—¿Quién afeitará al santo?

Se anuncia una huelga general de pelo.

A los sesenta años de edad.

Hace tiempo que el sentido común está en huelga en este país.

Por esto es el ménos común de los sentidos.

Mi criado se ha declarado en huelga.

Hoy no me ha sisado.

Huelga de taberneros en Gracia!

Si se habrán agotado los pozos!

Los diputados se van á declarar en huelga.

Apenas hablen ciertos oradores narcóticos.

En el salón de conferencias:

—¡Qué pasmo el de Sicilia!

—Le ha visto V.?

—Sí, señor, en el museo.

—Pues yo en cama.

En una comisión:

El presidente.—Es preciso dar el dictámen cuanto antes.

Ayuden Vds. á misa.

En el salón de sesiones:

El Sr. Manteca.—Decía, señores, que yo soy liberal; mas...

El Sr. Mas.—V. S. me ha aludido.

El presidente (Rivero).—Al órdén.

El Sr. Mas.—Sr. Manteca...

El presidente (Rivero).—No puede V. S. dirigirse al orador. ¡Aquí no hay más manteca que yo!

El Sr. Lasala ha renunciado al título de duque de su apellido.

Tal vez le habrá parecido pequeño el ducado.

¡Puede ser que le hagan duque del comedor!

Dice Fabra que en Nueva-York ha ocurrido un abordaje entre una goleta y un vapor, yéndose este á pique.

Problema. Si Coronel y Ortiz abordase una esquina del palacio del Congreso, ¿quién echaría á pique á quién?

En un ministerio:

—Solicita V. un puesto, querido vizconde?

—Sí señor, de agua.

Unos extranjeros nos han traído á Madrid un Banco territorial.

Mejor fuera que se llevasen el de la paciencia.

Por Roncesvalles entran armas.

¡Aquí del diputado Roldán!

Un diputado escritor ha presentado un drama á un emprendario de teatros.

Dicen que es un drama en tres actas.

Dice La Correspondencia que por el último correo ha llegado á la Península el gobernador de la Habana.

Esto de enviar los gobernadores por el correo no debe tener más ventaja que hacerlos desaparecer como sucede con los garbanzos.

LIBROS RECOMENDABLES.

Quiere V. una obra importantísima, de utilidad indudable, de primera necesidad para el abogado, para el historiador, para el filósofo, para el literato?

Suscríbase V. á los *Códigos españoles* que está publicando por tomos el inteligente editor San Martín.

Quiere V. una obra colosal como texto y como ilustración, modelo de tipografía, colección de cuadros de los primeros artistas españoles?

Suscríbase V. á *Las Mujeres españolas y americanas* que está publicando el ilustrado editor Guijarro.

Quiere V., en fin, ser muy feliz, no padecer de mal de política, aborrecer al Gobierno y no tener enfermedades hasta que se muera?

Pues hombre, suscríbase V. á EL GARBANZO.

Solución al problema del número anterior.

1, 2 y 3 años.

Lo han resuelto: D. F. K. A. B y Un garbancero.

Solución a la fuga del número anterior.

La vitoria el matador abrevia, y el que ha sabido perdonar la hace mayor.

pues mientras vive el vencido
venciendo está el vencedor.

Acertada por Un garbancero.

CHARADAS

1.^a

Primera y segunda tienen todos los hombres completos, tercera es un apellido, y el todo prenda de empleo, muy comun en la edad media, y de uso de un guerrero.

2.^a

Primera es virtud muy rara, segunda es muy caudalosa, y el todo en el mes de Octubre y llena de muchas cosas.

3.^a

La primera embotellada, la segunda en la armonía, y mi todo en la *Traviata*, *Puritano* y *Lucía*.

4.^a

Primera está muy picada, segunda me puede ahogar, y el todo es un caballero del partido liberal.

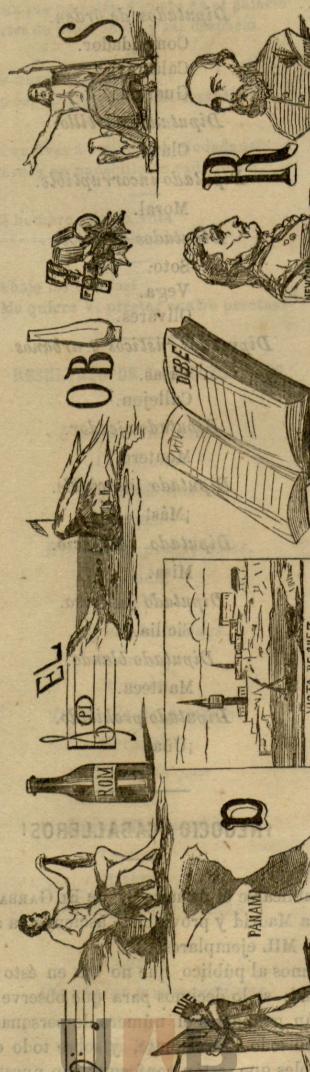
(La solución en el número próximo.)

Solución á las charadas del número anterior.

1.^a Filisteos.—2.^a Martos.—3.^a Picatoste.

Fueron acertadas por el garbancero de la Plaza Nueva de Sevilla, el Sr. Navarro, Un garbancero, Camelo, D. Enrique R. R., doña Matilde Blanco, D. F. Calzada y doña Luisa Labrador.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solución al geroglífico del número anterior.

Para rey nació David,
para sabio Salomon.

Acertado por Un garbancero, D. Mariano S. A., Canelo y D. F. Calzada.

MADRID: 1872.

Imprenta á cargo de J. E. Morete, Aguardiente, 6.